

Volumen XXI.—Marzo 1.º de 1926.—Número 202.

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRESA DE SAN BERNARDO  
MCMXXVI

# REVISTA

del

## Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Marzo 1.º de 1926

### CONTENIDO

En elogio del Cardenal Mercier.....	R. M. CARRASQUILLA.
Probidad literaria.....	LUIS MARIA MORA.
Antonio Otero Herrera..	FRANCISCO M. RENJIFO.
Actos oficiales.	
Iconografía del general Santander.....	JUAN MANUEL ARRUBLA.
Rosaristas ilustres.....	ALFONSO HERNANDEZ.
¿Una novela del siglo v?	LUIS MARIA MORA.
De mi pupitre.....	I. NARANJO ARANGO.
Suplemento al catálogo de la Biblioteca del Colegio del Rosario.....	M. SANTAMARIA CARO.
Notas bibliográficas.	
Honor a un rosarista.	
Grado en filosofía y letras.	
La literatura colombiana.	ANTONIO GOMEZ RESTREPO.

### EN ELOGIO DEL CARDENAL MERCIER

PALABRAS PRONUNCIADAS POR MONSEÑOR RAFAEL M. CARRASQUILLA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ

Excelentísimos e ilustrísimos señores:

La muerte del Eminentísimo señor Cardenal Mercier, dije en ocasión reciente, es motivo de duelo, no sólo para su patria, sino para el continente europeo, para la Iglesia católica, para la humanidad entera. Ved ahí porqué al solemne homenaje, dispuesto por el católico representante de la católica Bélgica, se han unido el Nuncio del Papa, el Arzobispo de Bogotá, el Capítulo Metropolitano y llena la vasta nave de la basílica este concurso presidido por las supremas autoridades del Estado y los ministros de las naciones extranjeras.

La Iglesia de Cristo no está circunscrita por límites ni de espacio ni de tiempo: empezó en el reinado de Tiberio y perdurará hasta el fin de las edades; y, cuando el planeta que habitamos, muerto el sol que le da luz, calor y vida, yuede en tinieblas por el espacio vacío, la Iglesia seguirá en la mansión de la Bienaventuranza. No

se contenta con expandirse por el orbe, de oriente a occidente, del ecuador a los polos, sino que se dilata ascendiendo, hasta la Jerusalén celestial, poblada de ángeles y santos.

Sus apóstoles y doctores no son enviados, como los profetas de la Antigua Ley, a un pueblo sólo. Jesús ordenó a sus discípulos: Id, enseñad a todas las gentes; predicad el Evangelio a toda criatura. Pablo evangelizó todo el universo conocido, con su palabra oral y con sus cartas. ¡Quién le hubiera dicho que, veinte siglos más tarde y en un nuevo mundo nunca sospechado, sus epístolas serían lumbre para los entendimientos, fuego para las voluntades, armas para la lucha por la verdad y la justicia!

Quien ahora os está hablando, largo de años, corto de fuerzas, escaso de tiempo, ha aceptado el encargo de presentarse en este púlpito, porque en la Alma Mater que lo abriga hace más de treinta años, las obras del cardenal Mercier han contribuido a formar tres generaciones de cristianos y patriotas. ¡Quién le hubiera dicho al Arzobispo de Malinas lo fecundo de su labor en un país de la remota América, totalmente desconocido para él!

El cardenal Mercier puede considerarse como sacerdote, como sabio y como patriota.

Nació Desiderio José Mercier en un pueblecillo flamenco vecino a la frontera francesa y al campo de Waterloo, donde el viajero admira más la gloria del vencido que la del vencedor. Hubo de formarse en el seno de una familia virtuosa y cristiana. Lo primero que debe preguntarse, para conocer a un hombre, es quién era su madre. A los diez y nueve años llamado por Dios a la elevada y dolorosa dignidad sacerdotal entró al seminario de Malinas. Antes se había educado en las austeras clásicas diciplinas, sin las cuales todo estudio ulterior es

casa edificada sobre arena, y de allí derivó aquel estilo diáfano, ameno aun al tratar de los más abstrusos problemas, que forma el encanto de sus libros. Graduado doctor en filosofía y teología, dedicáronlo sus superiores a la noble tarea del magisterio, la más propia del sacerdocio, puesto que si otros ministerios santifican la generación presente, ésta prepara las generaciones futuras, y Cristo Nuestro Señor que tiene tantos títulos como Dios y como hombre, no quiso ser apellidado sino con el dictado de Maestro. La universidad de Lovaina fue el teatro de la ciencia y del celo del joven sacerdote, quien seis años después, ya no regentaba una cátedra, sino presidía un instituto de filosofía tomista.

A la muerte del cardenal Goosens, arzobispo de Malinas, Pío X con universal asombro, designó para aquella sede a monseñor Mercier. Uno de sus biógrafos franceses narra la sorpresa que produjo ver de arzobispo a un simple catedrático. Y agrega: «el señor Mercier debía probar, después de muchos otros, que un hombre de estudio puede ser también hombre de acción, y que el cultivo de las ideas no impide que el obispo sea un buen pastor y un administrador excelente» (1). Un año después el Vicario de Jesucrito, condecoró al nuevo arzobispo con la púrpura romana.

Quisiera tener mayor espacio para seguirlo paso a paso en sus apostólicas tareas. Baste recordar que en Mercier la piedad sacerdotal aventajaba a la sabiduría; que fue un padre para con sus sacerdotes y demás diocesanos, y que dio nuevo impulso a la acción católica que casi tiene resuelto en Bélgica el pavoroso problema social. Las pastorales del Cardenal sobre el papado, sobre las glorias de María Santísima, sobre la oración, so-

(1) Mons. Baudrillart.

bre el auxilio a las almas del purgatorio, están embalsamadas por la caridad más intensa, por la devoción más ilustrada, por la piedad más honda. La acción puramente exterior de un sacerdote, resulta completamente estéril, porque aunque uno distribuya todos sus bienes a los pobres, y traslade con la fe las montañas, y entregue su cuerpo al martirio, de nada vale si no tiene caridad, que es amor a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por Dios.

¡Quién hubiera dispuesto de tiempo suficiente para decirnos lo que fue Mercier como sabio!, dando a este vocablo su más amplio significado, y no confundiendo la ciencia con la sabiduría, ni al erudito con el sabio verdadero. Aquél aprende, éste adivina; el primero conserva, el segundo crea; uno custodia el tesoro, el otro lo acrecienta. Y el Cardenal fue sabio en la más alta de las disciplinas humanas, la filosofía, cúspide y remate de todas las demás, y vestíbulo indispensable de la teología sagrada, que es la ciencia de Dios, enseñada al hombre por Dios mismo. No es sabio, dice santo Tomás, el que no transmite su sabiduría a los demás, como no es cuerpo luminoso el que no difunde la luz, ni es caliente el que no comunica el calor.

El futuro cardenal eligió para sede de su sapiencia la gloriosa universidad de Lovaina, donde había recibido los lauros académicos. Fundada a principios del siglo XV por Juan IV, duque de Brabante y autorizada por el Papa Martino V, rivalizó en breve con sus hermanas mayores, las de Bolonia, París y Salamanca. Un siglo más tarde contaba con seis mil alumnos, venidos de todas las naciones europeas; dato que infirma la creencia de que el desarrollo de la instrucción pública es conquista de las edades modernas. Fiel a su carácter católico, fue antemural contra los errores de Baio, precursor

del yerto jansenismo, y contó entre sus profesores a Justo Lipsio, portento de saber, y al austero Adriano de Utrecht, regente de España en asocio de Jiménez de Cisneros y, más tarde, sucesor de León X en la sede de san Pedro.

Lipsio, nos ha dejado un caluroso panegírico de la universidad de Lovaina, que él llama «rus in urbe,» ciudad en medio del campo, rodeada de hechicero paisaje, Atenas de Bélgica, adonde afluyen franceses y alemanes y españoles, ingleses y sármatas:

*Salvete Athenae nostrae, Athenae Belgicae,  
Te gallus, te germanus et te sarmata  
Invisit, et britanus, et te duplicis  
Hispaniae alumnus, etc.*

El glorioso Instituto, desapareció con la Revolución francesa, pero vinieron a reestablecerlo, en el primer tercio del pasado siglo, los obispos de Bélgica, acentuándole su carácter religioso y dándole el título de universidad católica. Su desarrollo ha superado las más lisonjeras esperanzas, y a ese crecimiento ha contribuido, como nadie el cardenal Mercier, quien fue catedrático, regente, y conservó hasta el fin el título de rector honorario.

La carrera didáctica del docto prelado coincidió en sus principios, con la resurrección del tomismo, causada por el mandato casi omnipotente de León XIII; y Mercier fue uno de los primeros en darle impulso a la avasalladora corriente. Pero él comprendió que no bastaba llevar la doctrina a los seminarios, sino que era preciso «sacar acá afuera, como dice fray Cristobal de Torres, y poner en seculares la consumada sabiduría de santo Tomás.» Para ello no fue a beber en los comentadores del Angélico Doctor, sino que llevó los labios a la fuente misma, a las obras completas del Maestro. Este cuidó de estudiar todos los autores que le precedieron, para

alabarlos en sus aciertos y combatir, no a los hombres sino sus doctrinas. Parte siempre de la inducción y del análisis, conformándose a la humana naturaleza, que pasa de lo particular a lo general, de los efectos a las causas, del fenómeno a la ley; y forma luego la magnífica síntesis que permite aplicar lo universal a los casos singulares. Escribió santo Tomás en la baja latinidad, que era el idioma vulgar entre alumnos y catedráticos universitarios, y en un estilo del cual dice Lacordaire:

«Trataría yo acaso de pintaros lo que fue ese hombre y lo que fueron sus obras? Tanto valdría que yo tuviera la pretensión de enseñaros las Pirámides diciéndoos lo que tienen de elevación y de latitud. Dejémos de esos vanos esfuerzos. Si queréis ver las Pirámides, no escuchéis a nadie: pasad el mar, aboradad al país en que tantos conquistadores han dejado sus huellas, adelantáos por las arenas de la soledad: hé aquí, una cosa solemne, grande, tranquila, inmutable, y profundamente sencilla: esas son las Pirámides.»

Escribió Mercier sus obras filosóficas en idioma francés, que es el de su nación y el más adecuado para los libros de enseñanza; estudia todos los autores antiguos y contemporáneos, desde Tales y Anaximandro hasta Le Roy y Bergson, y aprovecha los valiosos elementos de la filosofía moderna. Ni hay por qué extrañarlo: todo sistema filosófico, por erróneo que sea, trae algunos fragmentos de verdad. ¿Acaso el espíritu humano se paró en el siglo XIII? Emplea un lenguaje claro, atractivo y elegante en sumo grado, y penetra en el campo de las ciencias físicas para comprobar sus tesis filosóficas. También santo Tomás había espigado en los rudimentarios conocimientos naturales de su época; y, en ocasiones, tiene que hacer poderosos esfuerzos de ingenio para concordar la física de Aristóteles y Plinio con sus sublimes

adivinaciones metafísicas. Hoy basta enunciar la tesis tomista y, en seguida, citar las obras de los modernos sabios para percibir, sin demostración alguna, el concierto admirable entre las especulaciones del Angélico y los datos adquiridos en los laboratorios y gabinetes. El filósofo belga principia siempre induciendo, de suerte que, cuando da la definición, ya el alumno o el lector la entiende sin necesidad de más explicación.

«Santo Tomás, afirma el grande orador ya citado, subió al trono de la ciencia divina y después de seis siglos la Providencia no le ha enviado todavía ni sucesor, ni rival.» De aquella sede no ha descendido nunca; sólo que el aula imponente no estuvo ocupada durante tres siglos, sino por un reducido número de discípulos; mientras que ahora la colma una turba grande que nadie puede contar, de toda nación, de todo pueblo, de toda lengua; y el cardenal Mercier es de los que han llevado a los pies del Máximo Doctor mayor y más selecto número de alumnos.

El gran cardenal de Malinas, fue no sólo un varón piadoso y sabio, sino también un modelo de patriotas. El amor a su patria le llenaba el corazón, junto con la caridad divina. ¿Y cómo no? El patriotismo es, según enseñanza de León XIII, deber imperioso de moral cristiana, que ha de llevar al hombre a sacrificar por el suelo natal no sólo todos los bienes temporales, sino la vida misma. Y el sacerdote tiene delante el ejemplo del Divino Maestro, que se llamaba a sí mismo Hijo de David, que quiso salvar, antes que a nadie, a las ovejas de la casa de Israel; que lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén, como sobre el sepulcro de Lázaro su amigo.

Esta altísima virtud del cardenal Mercier se puso de patente, con ocasión de la pasada guerra universal, que ya cesó en sí misma, pero no en su pavorosas con-

secuencias; guerra como no había conocido el mundo; guerra que ha puesto a Europa al borde de inminente ruina. Vio el cardenal su patria invadida por ejércitos extranjeros, su ciudad amada casi destruída; su universidad en escombros, y perdidos irremisiblemente tesoros históricos, bibliográficos y artísticos imposibles de reponer. Lanzó entonces un grito de indignación y de dolor; excitó a sus conciudadanos a la defensa de la patria, sufrió persecuciones, calumnias y vejámenes sin doblegar la frente, sostenido por el Papa Benedicto XV, quien le escribió que la causa del Cardenal era la misma causa del Papa. Bélgica sucumbió de pronto, pero ha resurgido con un nimbo de gloria y en situación menos aflictiva que las demás naciones que tomaron parte en la hecatombe pavorosa.

El mundo entero se ha conmovido al saber la muerte del egregio purpurado y se le han tributado honores antes reservados a los soberanos. Es la justicia de Dios que glorifica a sus servidores no sólo en la vida futura, sino también en la presente. Mas la Iglesia, que sabe no haber hombre sin mancha de pecado, ora por las almas de sus hijos, por santos que hayan sido. Dentro de un instante ella rogará a Dios, que conceda a su fiel siervo el eterno descanso y que la luz perpetua lo alumbré. *Requiescat in pace.*

Febrero 3 de 1926.

